

## **La Palabra de Dios y el testimonio cristiano.**

### ***La Palabra como don del amor divino***

Por la economía del lenguaje solemos decir que la Biblia es la Palabra de Dios. Les propongo que analicemos con un poco más de cuidado esta afirmación. Porque muchas veces resulta en una simplificación que empobrece la riqueza de la fe cristiana. Pero al hacerlo nos valdremos de la propia Escritura como guía, pues, como veremos a lo largo de estas charlas, si identificar directamente a la Biblia con la Palabra de Dios puede resultar una simplificación, olvidar que la Biblia es Palabra de Dios, única norma de fe y conducta para los creyentes, y única fuente de doctrina, puede llevarnos a peligros aún más serios y destructivos para la vida de la Iglesia.

***La Palabra creadora:*** Nuestro primer encuentro con la Palabra de Dios nos es dado en la primera página de la Escritura. Al comienzo mismo del relato bíblico, en las escenas iniciales de la Creación, Dios actúa mediante su Palabra. “Y dijo Dios...y fue así”, se repite al comienzo y al final de cada acto creador (Gn 1,3; 6-7; 9; 11; etc.). La Palabra de Dios no solamente enuncia, no es solo, como la palabra humana, un signo de algo que está más allá de la palabra misma. La Palabra divina tiene una potencia activa, eficaz, la Palabra de Dios hace. Y aquello que hace “es bueno” (Gn 1, 4; 10; 12; 18, etc.), porque es el fruto de lo que Dios mismo es, su amor. No hay diferencia entre el ser, el actuar, y el decir de Dios. Por la Palabra de Dios somos creados y subsistimos, y esa Palabra es su amor. Pero Dios va aún más allá: Dios nos invita a compartir su creación, y a compartir la Palabra. De manera que nos da a los seres humanos, sus criaturas, la posibilidad de hablar y nombrar. Es Adán quien le pone nombre a las aves, bestias, y ganado (Gn 2, 19-20). La Palabra creadora de Dios comienza a ser nombrada en un lenguaje humano. Este pasaje va a ser muy significativo, porque ya establece una particular relación entre la Palabra de Dios, que es Dios mismo, y la palabra humana, que “ nombra” a la obra de Dios, pero que no puede confundirse con ella.

***La Palabra que convoca:*** Cuando el ser humano se aleja de la voluntad de Dios, nuevamente lo primero que surge es la Palabra divina: “Oyeron la voz de Dios que se paseaba en el huerto...”(Gn 3,8). Cuando Adán y su mujer se esconden, Dios llama a Adán: “¿Dónde estás tú” (Gn 2,9). Allí se descubre que la naciente humanidad ha prestado oídos a otras voces, la voz del Tentador, por un lado, y la voz de su propia ambición por el otro. De tal manera que la Palabra de Dios se confronta con otras palabras. Pero no por eso Dios deja de llamar y amar al ser humano. De allí en adelante el relato bíblico es encadenado por los llamados de Dios para rescatar a la humanidad de esas otras voces que lo seducen. Noé, Abrahán, Moisés, por nombrar solo los protagonistas de los sucesivos pactos divinos, responden a ese llamado de Dios. También lo harán los profetas. La Palabra que ha creado no ha abandonado su obra: sigue convocando a sus criaturas para expresarles su voluntad y amor, a pesar de las palabras de la desobediencia.

***La Palabra que guía:*** Pero Dios no llama “para ver si estás”. Esa Palabra tiene siempre un contenido fundamental, es una palabra que conduce, que guía. Lo lleva a Noé a construir el Arca salvadora, a Abrahán a peregrinar en busca de su nueva tierra y la formación de un pueblo, a Moisés a la liberación y la Tierra de la Promesa, la que le da la Ley. Es una Palabra que nos pone en marcha. No es casualidad que el naciente

movimiento cristiano fuera llamado “este camino” (Hch 9:2; 18:26, etc.). Y nos pone en camino con una orientación. Los pactos de Dios, la Ley del Antiguo Testamento, las voces de los profetas, las enseñanzas de Jesús, las orientaciones de Pablo a las primeras comunidades, todas inspiradas por la presencia divina, son guías para nuestra vida, expresiones del amor de Dios en su Palabra. El Espíritu Santo, en el Evangelio de Juan, también será llamado “guía a toda verdad” (Jn 16,13).

**La Palabra que amonesta:** Cuando los seres humanos nos desviamos de ese camino, nos alejamos de esa guía, la Palabra divina vuelve a resonar, esta vez como amonestación. Cuando la búsqueda de poder, la ambición de las riquezas, la exaltación del propio placer a expensas de los demás, el orgullo y la idolatría, el desprecio por mi prójimo, “encierran a la verdad en la injusticia”, según la profunda descripción de Pablo en Ro 1:18, Dios nos habla para señalarnos las profundas consecuencias de nuestra propia acción. Convocamos a la muerte, negamos su don. Y a través de profetas y apóstoles su Palabra suena como Palabra de advertencia, de amonestación. Esa amonestación no es solo reto, es a la vez instrucción. En el Cap. 12 de Hebreos, cuando se nos habla de la disciplina de Dios (7-11), la misma palabra que se traduce “disciplina” (el griego *paideuo*), puede traducirse “enseñar” (de allí el castellano “pedagogía”). Tener disciplina es tener la actitud de un discípulo. También la amonestación, en este sentido, es el amor de Dios hecho Palabra.

**La Palabra de la promesa:** Pero aún en las más airadas Palabras de Dios, en sus más fuertes juicios, se reitera la Promesa. Pocos libros con tan encendidas expresiones contra la injusticia humana como las del profeta Amós. Y sin embargo también en Amós las palabras finales (Am 9,11-15) son palabras de Promesa y Esperanza. La Palabra de Dios es la Palabra de la bendición abrahámica, de la Alianza del Sinaí, de la restauración del reinado eterno de Dios, es la seguridad de la promesa. Como en la creación, esta Palabra es a la vez realización: la Promesa, en la voz de Dios, no es algo que se va a realizar, sino algo que ya está realizándose, cuyo cumplimiento debe completarse, pero cuyo inicio ya está en marcha.

**La Palabra encarnada:** Ese inicio se comprueba en la encarnación: La Palabra se hizo carne e hizo morada entre nosotros (Jn 1,14). La misma Palabra que crea, guía, amonesta y restaura, la Palabra de la Promesa, toma forma de esclavo, igual a los seres humanos y se humilla para sufrir la muerte de la injusticia, la muerte de Cruz (Flp 2, 7-8). Esta es la expresión máxima del amor de Dios: “Nadie tiene mayor amor que este, el que da la vida por sus amigos” (Jn 15:13), pues en Cristo y sólo en él el amor de Dios se manifiesta plenamente, se nos vuelve accesible. Dios asume, por su Palabra encarnada, la totalidad de la vida y suerte humana, con exclusión del pecado, para redimirla. En Cristo, y sólo en él, la Palabra de Dios es totalmente palabra humana. Por eso también en Jesús, y sólo en él, el ser, el actuar y la palabra son una misma cosa. Por su palabra es reconocido hijo de Dios, por su palabra sana y perdona, por su palabra restaura y salva. Por su palabra muere. Por su palabra anuncia la resurrección. Y porque es la Palabra viva de Dios es vuelto a la vida para reinar eternamente.

**La Palabra redentora:** Esa Palabra, encarnada en la condición humana, y en la condición del que sirve, es Palabra que libera, es Palabra redentora. Lo que redime no es la palabra dicha por lo humanos, con letras de tinta o voces de hombre, por fuerte que griten o por grandes que sean sus equipos amplificadores. Lo que redime es la Palabra

encarnada de Dios, que sufre el oprobio de la Cruz y se proyecta como esperanza de justicia y vida plena por medio de la Resurrección. Esa Palabra es la que después las palabras humanas deberán nombrar si es que quieren transmitir la redención. Como en lo que vimos en la creación, la palabra humana ha de nombrar la obra de la Palabra divina, para tener sentido. Cuando la palabra humana se refiere a su propio mérito, justicia, saber, cediendo a la voz del tentador, se vuelve palabra vacía, o peor aún, palabra destructiva, palabra de muerte. La frase de Pedro vuelve a resonar: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. (Jn 6,68).

***La Palabra, don del amor divino:*** En este brevísimo e insuficiente recorrido hemos apenas atisbado en la amplitud de la obra y significado de la Palabra de Dios, inabarcable para la mente humana. Nosotros podemos nombrarla, pero nos excede totalmente. Por eso decíamos que decir que la Biblia es la Palabra de Dios es una simplificación. Cristo mismo es la Palabra de Dios y en él encontramos la dimensión creadora (de allí su asombroso poder sobre la naturaleza), es Palabra que llama y convoca, que guía y amonesta. Él es el cumplimiento de la promesa, en su presencia encarnada en lo humano y en su poder redentor. Es la Palabra como don del amor divino. Por el Espíritu Santo podemos tener el testimonio subjetivo, interno, de esa Palabra, de la cual Cristo es la presencia histórica y objetiva.

## **La Biblia en la vida de la comunidad de fe**

La Palabra de Dios, amorosa y activa en el mundo que ella misma ha creado, conforma en torno de sí una comunidad de testigos. Mucho se ha discutido acerca de la naturaleza de esa comunidad, que llamamos Iglesia, y no es mi interés volver ahora a esa discusión. Pero sí quisiera que nos concentráramos en algunas cuestiones referentes a la relación entre la Palabra, y específicamente a su testimonio escrito en la Biblia, con esta comunidad. Porque la Iglesia no existe sin la Biblia, pero por otro lado, la Biblia necesita de la Iglesia. El énfasis sobre la primera afirmación o sobre la segunda ha producido una diferencia fundamental en la historia del cristianismo. Se puede decir que, en términos generales, al menos en el cristianismo occidental, la tradición evangélica ha puesto su acento en la primera afirmación (la Iglesia no existe sin la Biblia) mientras que el catolicismo romano ha privilegiado la segunda parte (la Biblia necesita de la Iglesia)—al menos teóricamente—. Digo “al menos teóricamente” porque a veces en la práctica las iglesias evangélicas han actuado como si estuvieran por encima de la Escritura, y por otro lado hay que reconocer dentro del catolicismo romano que ha habido momentos y movimientos en los cuales se ha destacado la prioridad de la Palabra de Dios, aunque hayan sido, desgraciadamente, minoritarios y generalmente marginados por las jerarquías.

No quiero aburrirlos con largas historias, pero al menos hay algunas notas que es conveniente recordar al hablar de estos temas. Lo primero es el tema del canon bíblico. La historia de la formación del canon cristiano es larga y complicada y no me voy a meter en ella. Pero sí mencionar al menos un dato: nunca hubo una decisión formal de la Iglesia (en tanto institución unida) acerca de qué libros conforman nuestras Escrituras. Efectivamente, la lista de textos que hoy reconocemos como la Biblia se fue formando en el consenso de la comunidad de fe, tomando unos, rechazando otros —en realidad son más los libros que quedaron afuera que los que entraron—, hasta formar el canon que hoy

tenemos, y que, sin embargo, no todos los que se dicen cristianos reconocen de la misma manera. Como sabemos, muchas iglesias aceptan libros que otras rechazan. Dentro de la propia tradición evangélica hay distintas posturas frente a los llamados “apócrifos” o “deuterocanónicos”, especialmente en el Antiguo Testamento. Nunca hubo una autoridad cristiana universalmente reconocida que dijera “tales y tales textos son nuestra Biblia”. Recién en el siglo cuarto queda más o menos establecido el listado del Nuevo Testamento. Y la decisión “oficial” del catolicismo romano con respecto al Antiguo Testamento –también sobre el Nuevo– es del Concilio de Trento, es decir, después de la Reforma protestante, cuando ya Lutero, Calvino, y otros reformadores habían denunciado la deformación teológica de la fe bíblica por parte del Papado.

Esto, que muchos consideran una debilidad, es en realidad un elemento que a mí me parece sumamente positivo. Porque si alguna autoridad humana hubiera podido decidir sobre el texto bíblico, esa misma autoridad podría cambiarlo. Pero en cambio esta historia nos revela que, por caminos muy raros y complicados, no exentos de cierta humana ambigüedad (“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni mis caminos vuestros caminos, dice el Señor” Is 55,8), fue el propio Espíritu de Dios el que decidió sobre su Palabra. Y por lo tanto esa Palabra es soberana. La comunidad que se forma en torno de la Palabra depende de esta Palabra, y no puede, por ningún canal institucional, ni por decisiones de personas que se creen inspiradas, tener autoridad alguna sobre ella. Al contrario, la Palabra se constituye a sí misma como autoridad porque es la Palabra de Dios, y solo en obediencia a ella se perfecciona la vida y comunidad cristiana.

Otro dato histórico que quiero recordarles es que todo intento serio de renovación de la Iglesia tiene que afirmarse en la Palabra de Dios. Ha habido muchos movimientos de renovación de la iglesia a lo largo de estos 20 siglos de vida cristiana. Algunos han perdurado, otros se han perdido. Cuando uno se fija en cuales han realmente sido significativos y han hecho un impacto positivo en la vida cristiana, descubre que son aquellos que han tenido por centro un renovado interés en la Palabra bíblica, una vuelta a la fuente de la Escritura. Por eso Lutero destacó que su movimiento era “evangélico”, es decir, un retorno a las fuentes de los Evangelios frente a las complicadas elaboraciones de la teología escolástica que había, a su entender, destruido el sentido de la gracia divina.

Antes y después hubo otros movimientos que han buscado refrescarse en las Escrituras para vivir su fe en Cristo con integridad. A veces los evangélicos de hoy somos poco agradecidos a aquellos hermanos y hermanas que nos antecedieron a lo largo de siglos, y que vivieron simple y humildemente (como deberíamos hacerlo nosotros) aunque imperfectamente (como también nosotros lo hacemos), su fe. Obramos como si todo hubiera nacido cuando se formó nuestra denominación, o a lo sumo a partir de la Reforma. Y nos olvidamos que, antes de la Reforma, hubo muchos cristianos que también fueron guiados por la misma Palabra que hoy nos convoca a nosotros, y que gracias a su fe, perseverancia, trabajo, las Escrituras nos han sido conservadas y transmitidas.

Habiendo dicho esto, permítaseme citar a quien fuera, a mi humilde parecer, un cristiano consagrado que ayudó a la renovación de la Iglesia, y que está a los orígenes de mi propia denominación y de varias otras, Juan Wesley. Hablando justamente de quienes deseaban renovar a la Iglesia desde un movimiento de renovación espiritual, que aparecían como “los entusiastas”, Wesley escribía: “Prueben todas las cosas mediante la

Palabra escrita y que todos se inclinen ante ella. Estas en peligro de entusiasmo a cada momento si te apartas aunque sea muy poco de las Escrituras –sí, o del significado literal llano de cualquier texto tomado con relación a su contexto. Y también lo estás si desprecias, o consideradas livianamente, la razón, el conocimiento o saber humano –todo lo cual es excelente don de Dios y puede servir a los más nobles propósitos. Una entrada general al entusiasmo es esperar los fines sin los medios –por ejemplo, esperar conocimiento sin investigar en las Escrituras ni consultar con los hijos de Dios; esperar fortaleza espiritual sin la constante oración; esperar crecimiento en la gracia sin una cuidadosa vigilancia y profundo autoexamen; esperar cualquier bendición sin escuchar la Palabra de Dios en cada oportunidad”. (Juan Wesley: *Advertencias y directivas a los profesores mayores de las sociedades Metodistas*. Extracto: Sección II. Año 1762. Se trata de un pequeño escrito aclaratorio de sus *Reflexiones en torno de la perfección cristiana*. Tomado de Albert Outler: *John Wesley*. Oxford University Press, 1964. El texto citado se encuentra en p. 300. Traducción de Néstor O. Míguez). Para orar, alabar, predicar, enseñar, amonestar e instruir la Iglesia necesita de la Escritura. También para mantenerse fiel y para renovarse. Sin duda, la permanente renovación de la Iglesia es obra del Espíritu. Pero ese mismo Espíritu es el que ha inspirado a los testigos que nos dejaron las Escrituras, que nos guía para leerlas e interpretarlas fielmente y a la Iglesia que vive de ellas.

Para concluir este apartado, quisiera señalar brevemente algo más, y que es que, complementaria y subsidiariamente, la segunda afirmación también tiene algo de cierto. La Biblia necesita de la Iglesia, y aún de la sociedad humana más allá de la Iglesia. Dios ha decidido valerse de seres humanos, hombres y mujeres, para expresar su amor redentor. Desde la humilde ofrenda para la obra de difusión de las Escrituras hasta la paciente y ardua tarea de los traductores bíblicos, pasando por administradores, imprenteros, y un sin fin de otros que contribuyen a esta tarea, millones de cristianos en todo el mundo hacen posible que hoy tengamos la Biblia en nuestras manos, para ser guiados por su Santa Palabra. La industria y la ciencia humana, los progresos tecnológicos nos han permitido poner la Biblia al alcance de muchas manos, al distribuirla ampliamente. Los nuevos conocimientos en muchas áreas del saber humano, desde la arqueología hasta la lingüística, y tantos otros, nos han ayudado de la mejor manera posible a interpretar las palabras humanas de la Escritura para descubrir en ella, bajo la guía del Espíritu, la Palabra de Dios. Muchos estudiosos, maestros, y personas sencillas han consagrado toda su capacidad al ministerio bíblico. Por eso no debe oponerse ciencia y Biblia, como algunos hacen, diciendo que el mensaje de Dios está reñido con el saber humano. Cuando esa sabiduría se pone al servicio de su Palabra, es don de Dios, es parte de su amor.

### **La Biblia como fuente y reaseguro de la libertad cristiana**

De entre las muchas bendiciones que brotan de la Palabra de Dios, ciertamente no es la menor la libertad cristiana. La misma Palabra nos lo recuerda: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos liberó” (Gál 5,1). Y quiero referirme específicamente a ello, porque en mi experiencia personal sin duda ha sido uno de los dones que me ha dado el estudio bíblico que más ha enriquecido mi vida. Cada vez que, en distintos ámbitos de la vida, he sentido la fuerza sofocante de quienes quieren destruir la libertad y la vida humana, ha sido la Palabra de Dios que me ha refrescado y dado fuerzas, para no

renunciar a ello. De todos los escritos de Lutero, el pequeño tratado sobre “La Libertad Cristiana”, inspirado en este pasaje de Gálatas, puede ser considerado como el verdadero eje del pensamiento evangélico. El cristiano puede renunciar a muchas cosas por seguir a Cristo, pero aquello a lo que no puede renunciar esencialmente es a su libertad, porque esa libertad es el don por excelencia de la gracia divina. Nada expresa mejor esta verdad que ese himno que nos ayuda a orar “Cautívame, Señor, y libre en ti seré” (G. Matheson, 1842-1906).

Es que, una vez que tenemos la Palabra de Dios y podemos conocer su voluntad y nos disponemos a obedecerla, toda otra obediencia queda en segundo lugar. El testimonio de Pedro y Juan ante el Sanedrín debe repetirse en boca de cada cristiano, de cada cristiana: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hch 4, 19-20). Frente a cualquier reclamo de autoridad humana, por fuerte y poderoso que sea, por amenazador que se presente, aunque invoque las más estrictas leyes, o las más altas jerarquías, el más humilde de los seres humanos tiene, en la Palabra de Dios, la medida de su libertad.

Estos pescadores de Galilea podían contar la historia de Jesús porque esa era la fuente de su condición humana libre. Francisco de Asís (que no es un santo católico, sino un consagrado cristiano anterior a la Reforma), vestido de la más humilde túnica, le recitó el Sermón del Monte al mismísimo Papa con toda su corte y lujos, y así defendió su libertad y su vocación para poner el Evangelio al servicio de los humildes. Con la Palabra en la mano muchos pastores resistieron y hasta ofrendaron su vida para mostrar que el odio homicida de Hitler y el nazismo hacia el pueblo judío era contrario a la voluntad divina. Y la certeza bíblica de que “Dios no hace acepción de personas” (Stg 2,1) sostuvo a los cristianos de Sudáfrica en cárceles y torturas cuando luchaban contra el Apartheid. Y podríamos multiplicar los ejemplos de cómo la Palabra bíblica es fuente de libertad frente a todo intento de someter a la opresión o dominio arbitrario a la criatura humana, que no importa cuán pecador sea, sigue siendo imagen de su creador,.

A veces los cristianos hemos reducido este reclamo de libertad a la esfera de “la libertad religiosa”, el derecho a predicar el mensaje de Cristo. Pero el mensaje de Cristo no puede ser proclamado si al mismo tiempo no se anuncian todas las libertades que el amor de Dios concede al ser humano. Natán encontró en la libertad de la Palabra la fuerza y el modo de denunciarle al Rey David su pecado de lujuria. David lo reconoció y su arrepintió (2Sa 12,1-13). Juan el Bautista encontró la misma fuerza para denunciar la lujuria de Herodes. Pero Herodes no se arrepintió sino que mandó a matar a Juan (Mc 6,14-29). La libertad de ambos fue la misma. Una libertad incluso frente al propio miedo.

Es que justamente la libertad que Cristo nos ha dado, y que afirmamos a través de su Palabra, es el impulso al amor. Pablo completa su párrafo sobre la libertad cristiana en Gálatas: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (Gál 5, 13). Mientras que el concepto liberal de libertad que todos hemos aprendido desde la escuela “mi libertad termina donde comienza la del otro”, señalando un profundo individualismo, la libertad que aprendemos en la Palabra de Dios y que en ella se sostiene me dice que en el amor al prójimo se encuentra toda libertad: “porque toda la ley se cumple en esta sola Palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál 5,14).

## La Biblia en la proclamación de la Iglesia

Es por esta libertad, y no por las que le concede cualquier autoridad humana, que la Iglesia proclama la Palabra de Dios. La proclamación debe ser un acto de amor al prójimo, no de imposición, amenaza, extorsión o demagogia. Lo que no nos gusta en los políticos no debería gustarnos –mucho menos– en los predicadores. Recuerdo cuando era estudiante universitario, un compañero evangélico se trenzó en una discusión sobre la existencia de Dios con otro compañero, ateo maoísta. En un momento, con la mejor buena voluntad, el compañero evangélico le dijo: “yo quiero que creas en Dios porque te amo y no quiero que vayas al infierno”; el otro le contestó “Te agradezco tu amor, pero si no creo en tu Dios, menos todavía creo en tu infierno”. El amor pudo ser muy sincero, pero la amenaza que encubría surtió el efecto contrario al deseado. Así como no nos gusta que nos amenacen para votar por un partido u otro, o que una campaña se base en promesas demagógicas, tampoco así debe ser nuestra predicación.

Lo que nosotros anunciamos es una historia, una vida, una convicción. Es, por cierto, una invitación a compartir la celebración del amor de Dios. Citando otro querido himno, que yo cantaba en mi niñez:

“Cuando oigo la historia del querido Jesús  
que bendice a los niños con amor,  
yo también quisiera estar  
y con ellos descansar  
en los brazos del tierno Salvador”

Es esta historia el verdadero núcleo de toda evangelización y proclamación de la comunidad creyente. ¿Qué más alto, más sublime, más tierno y sagrado, que la historia de Jesús? ¿Es que hay alguna doctrina, filosofía, o incluso experiencia personal del predicador que pueda acercarse a ella? ¿Es que los milagros de la fe, las manifestaciones más llamativas de la presencia del Espíritu, o la más inspirada de las músicas de alabanza tiene algún sentido sin esta historia? Nuevamente citamos a la Biblia, al maestro Pablo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado” (1Co 2,2). Con la historia de Cristo, con la Biblia y los testimonios de los autores bíblicos que anuncian, comprueban y proclaman el amor de Dios, todo lo demás tiene sentido. Sin ello, todo queda vacío, nuestra proclamación es en vano.

Cuando Lucas quiere llevarle a Teófilo las cosas que “entre nosotros han sido ciertísimas” le cuenta la historia de Jesús. Cuando Mateo quiere demostrar a sus hermanos judíos que el Mesías esperado ha llegado, cuenta la historia de Jesús. Cuando Juan quiere encender la fe que da vida en sus lectores, cuenta la historia de Jesús. Pablo no ha predicado sino a Jesucristo, que padeció y resucitó. Aún en el Antiguo Testamento lo que hay que enseñar a los niños, es cómo Dios actuó, las cosas que hizo (Deut 6:21-25). Y tu fe en ese Dios se mostrará también en la justicia de tu propio obrar.

Como decía un conocido pensador cristiano de nuestro tiempo, la fe bíblica es una fe narrada, es algo que se cuenta. Por eso la predicación cristiana sólo puede ser una proclamación bíblica. No tenemos ninguna otra fuente para esa historia que las Escrituras. Podemos actualizar esa historia con nuestras propias palabras, traer esa historia a nuestros días y relacionarla con nuestros propios problemas. Pero es esa historia, la historia del amor de Dios, la Palabra de Dios hecha carne que habitó entre nosotros, lo único que podemos anunciar. Si eso no basta, cuando necesitamos agregarle

cosas para hacerla llamativa, un show de luces o efectos especiales, cuando aparecen otros motivos o especulaciones, cuando el amor de vuelve sectarismo o amenaza, ha dejado de ser esa historia. Y no puede salvar. Si tengo que agregarle a esa historia promesas de beneficios económicos o dones espectaculares, si tengo que apelar a revelaciones especiales o me creo el dueño de esa historia, es que esa historia no ha llegado a mí, no me ha tocado y transformado.

Si, en cambio, siento que el humilde Carpintero de Nazaret me ha cautivado con su amor, y lo que quiero es repetir esa historia, la historia del Señor de Galilea que me lleva de la mano (pero poniendo el acento en él, no en mí), entonces he descubierto la fuente de toda salvación.

Esa es la verdadera historia sin fin:

“Grato es contar la historia...  
¡Qué bella es esta historia!,  
mi tema allá en la gloria,  
será la antigua historia  
de Cristo y de su amor”.

## **La Biblia como mensaje para el mundo de hoy**

Alguno me podrá decir, y con cierta razón... “Pero ¿esa historia no ha quedado atrás?...el mundo ha cambiado... ¿se puede seguir en el mundo de hoy contando una historia de aquellos tiempos? Recuerdo una canción que cantaba Mercedes Sosa –no, por cierto, un corito evangélico– que se llama “Navidad 2000”, y que dice “Dos mil años hace que ha nacido Dios. ¡El mundo está viejo, pero el niño no!”. Si este es el testimonio de alguien que no siempre se ha manifestado como una persona de fe, cuánto más deberíamos decirlo los creyentes.

La libertad bíblica, y la simpleza de la historia que proclamamos como Evangelio de salvación, son tan necesarias para el mundo de hoy quizás como nunca antes. Frente a la ambición desmedida y la acumulación terrible de riquezas por parte de algunos, frente a millones de hambrientos, qué actual es la historia del rico que perdió la salvación, a pesar de la mirada amorosa de Cristo, porque no quiso dar a los pobres, aunque sus bienes eran muchos. O del rico que banquetaba mientras no dejaba al pobre y llagado Lázaro ni las migajas. Frente a tantos que no tienen trabajo, cuanto más dice la parábola del dueño que le dio un jornal completo al que trabajó solo una hora, porque quiso ser generoso sin agraviar a los demás.

En medio de una cultura del desperdicio, de lo descartable, donde hasta la vida humana se mide en términos de “sobrante”, el Evangelio trae un mensaje donde el mismo Dios se hace carne “para rescatar lo que se había perdido”, e invita a los hambrientos del camino para gozar de la fiesta y del banquete que los poderosos desprecian. Cuántos Natán y Juan el Bautista deberían pararse frente a los gobernantes de hoy para señalarles su lujuria y corrupción, sea en Estados Unidos, Rusia o Argentina. El nuevo ídolo de esta humanidad, que se llama dios Mercado, impone sus leyes de muerte como si fueran las únicas leyes que valen. El mandamiento “honra a tu padre y a tu madre” es burlado cuando se les pagan a nuestros padres una miseria de jubilación tras una vida entera de trabajo. Entonces el mandamiento del dios Mercado, que en la Biblia se llama Mammón, se impone por sobre la Ley del Dios de la vida (Mc 7,9-13). La historia de Jesús que



multiplica el alimento que humildemente le ofrece un muchacho y lo reparte gratuitamente, pero que luego evita que, por esa acción, lo proclamen Rey (Jn 6,1-15), debería ser contada a los políticos que cambian un voto por una zapatilla. Podríamos pasarnos la tarde entera recordando los textos bíblicos que hablan a los problemas de nuestro mundo con la penetrante espada de dos filos que cala hasta el tuétano de los huesos.

No necesitamos para ser actuales, para hablar al mundo de hoy con un mensaje a la vez profético y esperanzador, otra cosa que la Escritura, pero toda la Escritura. No nos engañemos: ninguna inspiración repentina, ningún autotitulado renovador, ninguna aparición espectacular puede reemplazar la vieja historia. Nada puede ser, cuando es contada en serio y honestamente, más actual. La verdadera renovación, la verdadera integridad pasa por la centralidad de la siempre nueva presencia de Jesús. La Escritura, el testimonio escrito de la Palabra de Dios, el don divino de su amor, es nuestra luz para seguir fielmente el camino de Cristo: “Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera en mi camino” (Sal 119, 105). Amén.